

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 31 de Marzo de 1898

Núm. 384



— La tiple se ha indispuerto y la reemplazo yo, si el público no se indispuone conmigo

Cartas á mi prima

Siento en el alma no ser tan serio y firme en mis promesas como tú mereces; ya se dijo que en el prometer no hay engaño, pero conste que no me acojo al refrán; de lo que tenía pensado hablarte no diré palabra, ó escribiré en ésta muy poco; pero si bien se mira no importa, pues dices que guardas mis escritos para repasarlos á la postre, como se hace con una colección de documentos, ó con novela que ofrece interés y convida á la lectura... y hablo de la lectura sugestiva.

La materia que he escogido para desengañar tus ilusiones es árida: y así, procuro no cansarte, haciendo abuso de las impresiones con que me brinda la realidad, conforme la miro yo; alegre de un lado, amarga de otro. Al cabo tú cazarás la idea, sin que te aburra mi discurso.

Ello es, como verdad que no falla (y tú has de verlo), lo siguiente:

Recogíame anoche pensando en los extremos de esta carta, cuando oí el pregón de un periódico, no tan corrido como fuera de ley; es hoja que abusa del anuncio maleante, no sé si por consejo de empresa ó por codicia de los voceadores; aténgome á lo primero, porque es justo maliciar en oficio de mercaderes. Los gritos alborotaron mis ideas, y concerté la traza de escribirte, tal como lo hago, aun á trueque de que tú digas que imito á ciertos noveladores ladinos, que abusan del paréntesis y lo hacen con objeto de zurcir historias para que las alcance la trama el tomo.

* * *

En fin, el caso es éste: que el domingo hubo por acá corrida (á la que no asistí, según mi costumbre) y que un toro, el quinto, se las tuvo tiesas al torero, dejándole mal herido, — ¡tan mal herido! — de muerte, en el redondel.

Yerras si imaginas que voy á subir al púlpito, aprovechando la ocasión de dar puñetazos en el aire y lucir mi teoría acerca del espectáculo nacional. Los declamadores se desatan en diatribas furiosas; repiten que la costumbre es bárbara y repugnante, y ponen las manos en el cielo: no cogerán la luna. Creo el caso sobradamente discutido y me encojo de hombros. Prefiriera, sin embargo, que hubiese en nuestro país más escuelas que plazas y que los políticos tomasen resueltamente el empeño de educar al pueblo. Pero ya se ve; ellos estiman más justo que no se nos pierda ó enfríe el valor de la raza, y dígolo esto, porque he leído que las corridas de toros ayudan á mantenernos la sangre brava y el corazón fiero, y que «así es como se repiten las epopeyas admirables de nuestro arrojo invencible en la historia».

Ahora tenemos ocasión, pues dicen que á los yankees no hay diplomacia que les convenza; mucho me cuesta creer que no se logre meterlos en cintura por medios más convenientes, y lamentaré, como hombre humano que soy, 'que se fíe el pleito á los cañones. (Salva lo que gustes, prima, y no te enfades conmigo en lo que respecta á la dignidad de la patria, que yo pongo



— Pues son de seda, aunque ustedes digan que no



La Saeta

¡A la salud de los ausentes!

sobre todas las cosas, aunque la amo y entiendo distintamente que no la entienden los patrioterros, y aun de más alta manera).

Pero dejando á cada cual sus aficiones y sus pensamientos, que han de ir desengañando por otro camino, vuélvete á referir lo que se me ocurrió oyendo gritar desafortunadamente : « ¡ El periódico tal, con la cogida de fulano ! »

No es nuevo el modo de ponderar la mercancía, ni me cojen de susto los gritos; pero ¿qué quieres? ayer se me antojó repugnante el comercio que explota la prensa con la desgracia. Será, bien mirado, porque hay papeles que no sirven para más ni saben á qué les obliga el trato con el público; y que por asociación de ideas, de tales imaginaciones, vino á seguirse aquel disgusto con que oí á los voceadores; el caso es que yo, que no llamo gladiador al torero, como la señora Pardo Bazán (y me parecen igualmente censurables ciertos entusiasmos nada decorosos cuando están en peligro ó mueren los *matadores*), prohibiría y aún penaría, si tuviese autoridad y fuero para tanto, anuncios como los dichos, que dan muy triste idea de nuestra cultura. Peor es, naturalmente, que anden en el juego los diarios, y digo peor, entre otras cosas, porque ellos debieran por su índole, por sus prerrogativas, por su fuerza, ayudar al triunfo del ideal humano.

Los periódicos se meten en las casas con tanta facilidad, prima, que si estuvieran en ellos los espíritus fuertes, operarían en la conciencia la más portentosa revolución de los siglos. No ocurre así, antes retrasan la hora, porque no son generalmente entendidos los periodistas, carecen de iniciación, y no consiguen si no que la hoja que se echa por debajo de la puerta, pase del dintel, aunque ande en manos de todos.

¡ Qué aire insulso, qué soplo de trivialidad agitan entre nosotros al moverse ! ¿ Pero qué extraño es, amiga mía, si por no entender nada á derechas no entienden tampoco esos señores en qué consiste la información ? Figúranse los más que el diario debe reducirse á la gacetilla ramplona, insignificante y vulgar, prefiriéndose entre todos el hecho espeluznante y horrible... que nos ponga constantemente delante de los ojos la idea de una humanidad mala, perversa ; y eso que está bien en el libro, porque el artista lo emplea como medio, y no como fin único, es desastroso en la noticia torpemente redactada. Hay periódico que obra como descarga eléctrica en los nervios. Nota que algunos han exagerado de tal manera el método, que ya no basta con dar cuenta del crimen, de la catástrofe, de todas las lacerías de los hombres, en el espacio de algunas rayas breves: es preciso ponderar todo eso en una serie de epígrafes alarmantes (con letra gorda y negra) que convierten el título en sumario.

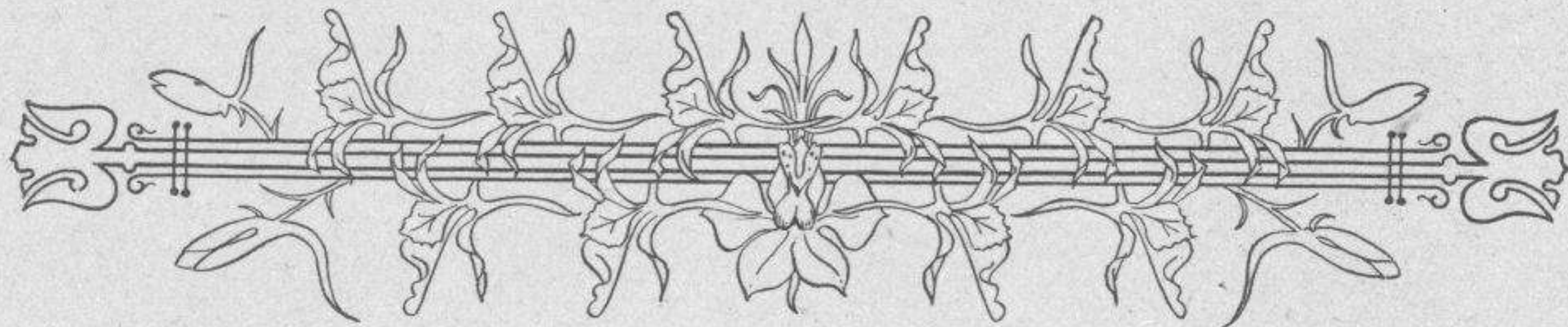
No me preguntarás, naturalmente, si opino que la prensa debe echar por caminos nuevos ; claro que sí, con tal de que sean caminos ; tú sabes cómo pienso ; pero conste una vez más que si digo que los periodistas debieran ser doctos, no me gusta que resulten los periódicos pedantes. Su carácter ha de ser ligero, bien me parece ; pero de ligero á frívolo, vá una distancia enorme. Ha pasado la prensa doctrinal, pesada, como ha pasado el morrión ; pero eso no quiere decir que rechacen sus columnas el estudio.

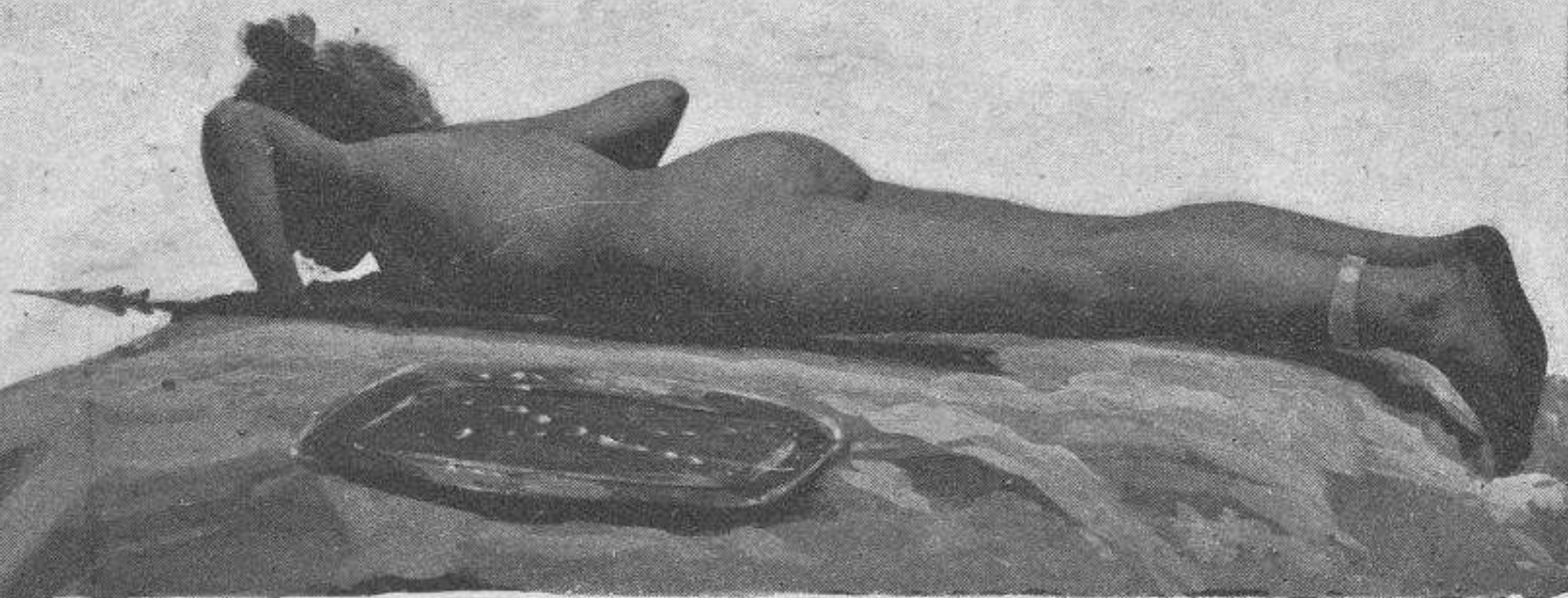
Tú que eres mujer despierta é ilustrada y te enteras bien de lo que pasa á tu alrededor, sabes que hay gran número de periódicos que entienden las cosas tal como te las expongo ; pero eso ocurre fuera de casa, y algo, muy poco, en la nuestra. De tales no hablo.

Hablo, prima, de todos esos mal llamados periodistas que lo mismo serían remendones ó albañiles, y que al escribir se figuran que están amasando ladrillos.

Anda y vé á tales pasmarotes con filosofías y diles que... también hay pan de trigo para las almas.

CLAK.





Plumas de ganso

— Tengo el gusto de presentarle á don Lucas Gómez, periodista.

Y se descubre uno respetuosamente y estrecha aquella mano con cariño, emocionado, casi confuso, y mira al escritor de arriba abajo, contemplando la frente, los ojos... lleno de curiosidad buscando en aquel sér, algo extraordinario; algo verdaderamente grande...

El que nos han presentado es uno de los que tienen la noble misión de llevar á las masas populares por «buenos derrotos»; es apóstol de la idea y de la verdad, que pasa las noches en vela con el hermoso propósito de dar á conocer al público las últimas palpitaciones del arte, de la ciencia, de la política. ¡ Qué honor el que nos proporciona la suerte! ¡¡¡ Estrechar la mano de hombre tan distinguido !!!

Allá, en el pueblo, hemos vivido soñando; hemos conocido algunos periódicos, los mejores, y aficionados á la literatura, hemos deseado tratar á esos hombres sublimes que viven la vida de la inteligencia.

La profesión de periodista nos encanta; daríamos cualquier cosa buena por poder entrar en la redacción de un periódico, aunque sólo fuese para servir vasos de agua á los redactores, con tal de poder hablar con ellos y de escuchar las deliciosas conversaciones de hombres de talento tanto. Creemos que la profesión de escritor es verdadero arte, noble, elevado, sin mentiras, ni exagerados apasionamientos, algo muy grande, muy grande, lo que en efecto es; pero cometemos el error de contar entre los escritores á los periodistas, á todos los que disfrazan su ignorancia, ó creen disfrazarla con llamarse periodistas y poner en sus tarjetas *Lucas Gómez, REDACTOR DE...*

Tarde ó temprano, cuando hemos llegado á convencernos de lo que son los que escriben, la generalidad, que no es justo medirlos á todos con el mismo rasero, nos avergonzamos de habernos dejado engañar por esos farsantes, que ni para oradores de plazuela sirven.

Nuestro engaño, sin embargo, está justificado perfectamente: en algunas redacciones, entre todos los que ponen en sus tarjetas el título de redactor, suele haber uno que escribe bien; que sabe lo que se trae entre manos y que hace la parte esencial del periódico, sin que se le consienta firmar, porque *los artículos firmados quitan fuerza á la publicación*. De ahí resulta que muchos llegan á estar reputados como hombres de talento, sin tenerlo, como escritores de fibra, cuando realmente no saben escribir.

Por regla general, este redactor, que sabe bastante y posee la ciencia de no tratar asuntos de que no entiende, cobra un sueldo mezquino, lo necesario para comer mal;

porque los otros, los que ignoran hasta su ignorancia, *trabajan gratis ó casi gratis.*
Conozco á más de un director de periódico que nadie sabe por qué llegaron á ser directores y puedo asegurar, sin temor de engañarme, que desde que están al frente de la publicación por sorpresa, sin méritos en que apoyarse, no tienen sobre la mesa más objetos de escritorio que las tijeras y las obleas.

Talento no tendrán, pero son industriosos y hábiles: cortan (sin decir de donde) y pegan con una limpieza maravillosa.

Quiero hacer una salvedad:

No hablo de los periodistas que merecen algo más de lo que tienen y que son mucho más de lo que parecen.

Y, basta por hoy.

RUILOP.

Despedida

Pasada ya mi juventud florida
y libre de quiméricos antojos,
vuelvo hacia tí los apagados ojos
para darte el *adiós* de despedida.

Aunque á odiado rival te halles unida
no imagines en mí torpes enojos:
¡fué el sino adverso el que erizó de abrojos
la senda de tu vida y de mi vida!

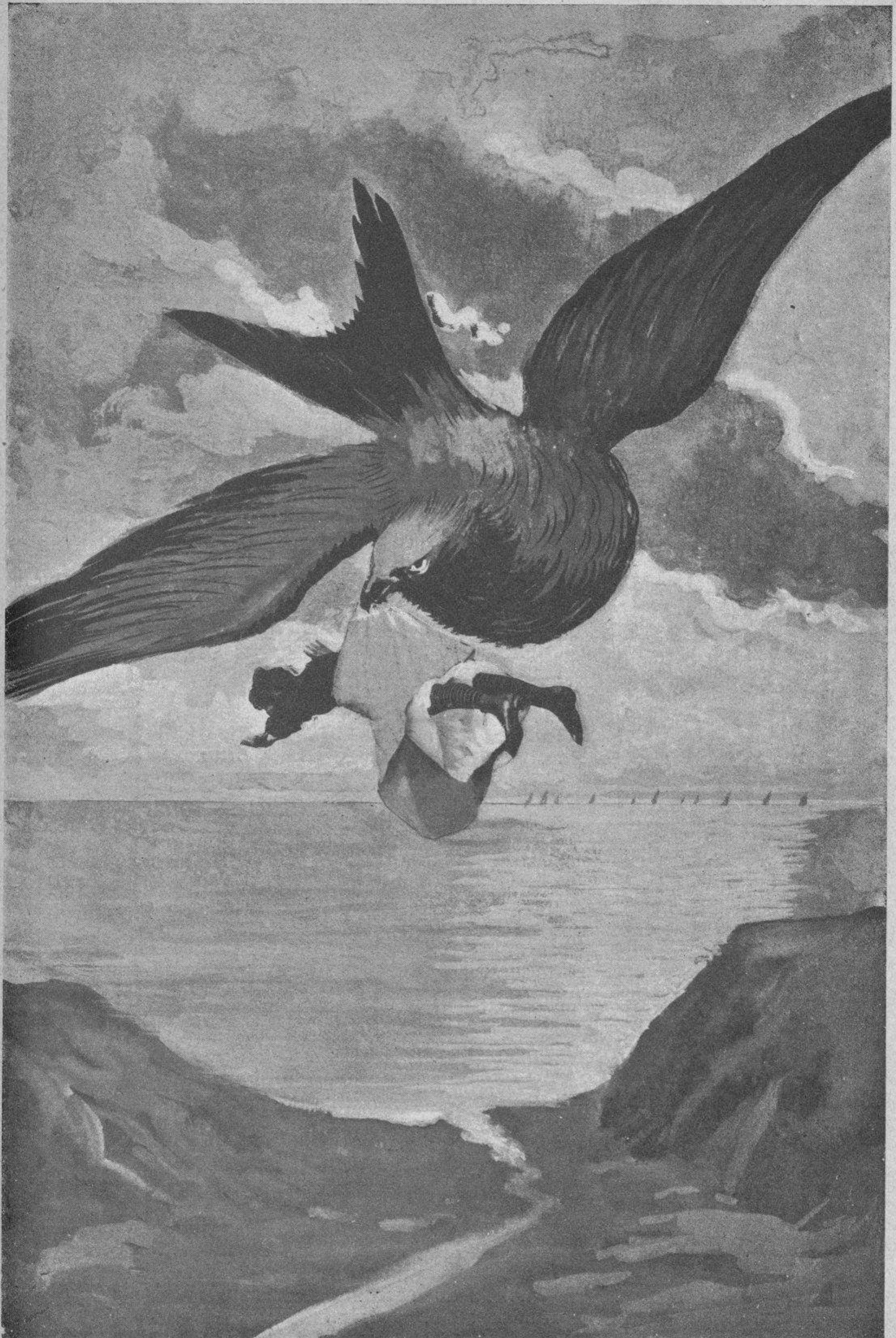
Nada me resta, pues; árbol caído
ni presto amiga sombra al caminante
ni al pájaro cantor ofrezco nido.

Vengo á ser, sólo, el amador constante
que recuerda en la ausencia el bien querido
más suspirado cuanto más distante.

RAFAEL VILLENA.



— ¡ Ya le veo ! A ver si consigo que caiga



¡ Buena presa !

Mala sombra



Campestre

A fuerza de repetir: «¡Jesús!... ¡qué mala sombra tengo!...» «¡qué mala sombra es la mía!» y hablar continuamente de la mala sombra que no le dejaba, *Mala sombra* le quedó por apodo. Y á fé que le iba éste que ni pintiparado, pues la verdad es que Miguelito C... se vió toda su existencia acosado por lo que los franceses llaman *la guigne* y los catalanes *la pega*.

El día que lo bautizaron, su padrino, distraído, á pesar de la santidad de la ceremonia por los apetitosos atractivos de la comadrona, dejó, torpemente, que el *neófito* se le escapara de los brazos, y milagro fué que Miguelillo no fuera directamente desde la pila bautismal al cielo.

Cuando párvulo, pasó por todas las desdichas inherentes á su dichosa edad: tuvo sarpullido, sarampión, escarlatina, viruela y el crup. Pero tuvo la suerte de no pasar tifus, ni pulmonía, ni fiebres intermitentes hasta su mayor edad.

En la escuela llevaba siempre la peor parte, ora se tratase de aguantar los regaños y las iras de los maestros, ora los soplamocos, puñetazos, puntapiés y pedradas que en las horas de *recreo* se distribuían con ardoroso entusiasmo los jóvenes escolares. En árnica solamente, les costaba á sus padres un dineral la educación del chico.

Cursó leyes más tarde, pero no pudo nunca pasar del tercer año. Y no precisamente porque fuera más perezoso ó de menos inteligencia que otro cualquiera, sino por una serie de circunstancias hijas de aquella inacabable mala sombra que arrastraba como un grillete. Si al presentarse ante el tribunal de exámenes se traía, pongo por caso, bien aprendidas 95 lecciones de las 100 que componían el programa de la asignatura, estaba seguro Miguelillo de que le tocarían dos, cuando menos, de las cinco restantes y no aprendidas. Como tenía, por otra parte, la gracia de turbarse enormemente delante del ilustre areópago, contestaba mal, aun sabiéndose lo que le preguntaban y llovían sobre su cabeza las calabazas que era una bendición.

En vista de que no conseguirían jamás hacer de él un abogado, sacáronle sus padres un empleo, que desempeñó con celo y honradez. Cuando le pareció que tenía asegurado el garbancete, proyectó buscarse una dulce compañera para su existencia, y al efecto empezó á frecuentar reuniones cursis y tertulias de medio pelo, en donde se granjeó á las pocas semanas una reputación desastrosa, gracias á su extraordinaria facilidad en «tirarse planchas» y en cometer torpezas de toda índole.

Ejemplos: Platicaba familiarmente Miguelillo en una *soirée* con un caballero desconocido, presentado aquella misma noche y recomendable por la sal con que se burlaba de todos los circunstantes. Deseoso nuestro joven de demostrar que también él sabía, llegado el caso, *morder* en el pellejo del prójimo, observaba con risa mefistofélica:

— Pues... y aquella señora tan gorda y tan fea del vestido azul que baila tan arrimada... ¿Verdad que parece un paquidermo?

Al punto el semblante del satírico caballero tomaba una expresión colérica.

— El paquidermo lo será usted. Sepa que esa señora es mi esposa, imbécil.

Sacaba Miguelillo á bailar á una de las graciosas sílfides que embellecían el salón. Si en la alfombra había algún agujero, podía tenerse por infalible que en él metía el pie nuestro danzarín para besar, en unión de su gentil pareja, el santo suelo. A falta de agujero, tropezaba con un mueble cualquiera y caía como una avalancha sobre alguna respetable mamá, sumida en dulcísimo letargo, y que despertaba pegando un chillido horroroso.

Gracias á estos procedimientos independientes de su voluntad, Miguelillo concluyó por inspirar en todas partes un terror inmenso. Las «dueñas de casa», especialmente, veíanle acercarse con el mismo recelo con que el marino contempla formarse en el horizonte una nube de mal aspecto. Y Miguelillo convencido del pésimo efecto que producía su presencia, mesábase los cabellos y exclamaba adolorido: ¡Pero qué mala sombra tengo, Dios mío, qué mala sombra!

Creo que acababa de cumplir sus treinta, cuando se le murió un tío, dejándole un capitalito de seis mil duros. Entonces se le presentaron tres partidos bastante ventajosos. Después de muchas y hondas reflexiones, escogió (como era natural en él) el peor. Su mujer era, si no una hermosura, muy graciosilla y tenía gancho. Pero resultó perezosa, gastadora, coqueta y con más conchas que un galápago.

A los dos años de casado, Miguelillo sacó en claro dos deducciones de una claridad matemática indiscutible. Primera, la de que sus seis mil duros quedaban liquidados hasta la última peseta. Segunda, la de que su virtuosa consorte hacía mangas y capirotos del honor conyugal.

Mala sombra calculó entonces con un sentido lógico verdaderamente superior, que le sería tan imposible recobrar el dinero como el honor; uno y otro pertenecían á la historia.

¡Pero me queda la venganza! — rugió con gozo satánico. Y esperó, disimulando sus rencorosas ansias, una ocasión propicia.

La cual no tardó en presentarse.

Miguelillo entró una noche en su casa en el momento que menos temían los culpables. Su actitud era tan... expresiva, que si alguna duda le quedara al ultrajado esposo sobre su desdicha, habríase disipado ante la realidad de los hechos.

— ¡Ah, miserables!... exclamó con voz de trueno el justiciero.

Y sacando una pistola de dos cañones, disparó sobre los culpables.

Pero el arma reventó en su mano, llevándosele dos dedos. La esposa y el *otro* salieron ilesos.

Salieron, además, escapados.

Desde ese episodio de la vida privada de Miguelillo, no había vuelto á tener noticia de éste. Hasta que ayer me dijo un amigo: — ¿Sabes quien ha muerto?... *Mala sombra*.

— ¡Pobre chico!... ¿Fuistes tú al entierro?

— No: creo que no fué nadie... Verás: hacía tan mala tarde...

Estaba escrito que hasta el último momento había de tener mala sombra el mísero Miguelillo.



JUAN BUSCON.



La adulación

Para el otro mundo

III

Diablillo celestial: has de saber que no estoy tan triste.

Mi dolor, aunque no ha desaparecido, amengua, más no por eso te olvido; niña, hay recuerdos que viven la vida eterna y como pajarillos revoltosos, escarban en las células diciendo: «aquí moramos, señor olvidadizo», y nos hacen la merced de avisarnos en bien de nuestra conciencia, que, como es tan elástica, así queda tranquila.

La resaladísima ciegucecita sigue interesándome y nos pasamos los grandes ratos en conversación divertida y una miaja afectuosa, medio echados en el banco de la estufa y muy animaditos.

La muy trápala dice que aunque no me ve es como si me viera, porque la charla delinea el carácter y éste pinta el tipo y ella me ha compuesto á su antojo, tomando por esqueleto las palabras; por vísceras, nervios, etc., las ideas, y por figura exterior una infinidad de rasgos nimios.

La pobrecilla ciega se aburría entre canarios y pichones, y harta ya de esas aves, me quiere á mí, pájaro sin alas que vuela con las de la imaginación.

Yo, excuso decirte que no me muero de amor por la ex-avara, según puedes comprender, pero disfruto en su cháchara, brutal á ratos, y me distrae mucho jugar con ella haciéndola enfadar con mis chuscadas, hasta que me larga un *sopla-mocos* que siempre da en la atmósfera. La sin hueso se me despabila cuando tu

hermanita finge estar (porque claro que es broma todo) apasionada de mi *querer gitano* (tecnicismo suyo) y se muestra capaz

de servirme de lazarillo por el mundo. Yo lo doy á risa y ella se enfurruña y á ratos grita y alborota, hasta que concluye la función en moquetes aéreos.

Ayer salimos á dar un paseo en el cesto de Garcín y quedó muy contenta y (no hagas caso de sus niñadas, porque te advierto que yo la trato como á una criatura) para premiar mi obsequio dióme, al lle-

gar á casa, un pellizco apretadito y un mordisco en la mano; de éste conservo huella semejante á una herradura; son sus *dentaxas* impresas en mi piel con el color de mi sangre.

Huelga la explicación de todos sus enfados, porque harto sabes que á la boba se le hinchan las narices en cuanto se le pone mar de proa, y acaba exasperándose y apretando los puños, hasta que le sale para fuera la bilis en forma de lagrimones. Un día, no te enfades, la besé mientras lloriqueaba y hasta empapé los labios en el precioso líquido que vertían sus ojos.

¡Chica, qué saborete más salado! como el agua del mar.

Si yo no estuviera curado de mal de amores, me aventuraría á sospechar que la niña me tiene con el anzuelo en la boca, pero ya





— Apostamos Arturo y yo, cual de los dos sería el vencido... y él está en la litera.
— ¿Pero le ha mareado usted ó le ha mareado el mar?



— Ahí está el mozo de todos los días... ¡ya me figuraba yo! Pero nada, tengo el olfato muy fino. A lo mejor, mucho cuello y mucho puño, porque han engañado á la planchadora; las pesetas se las guardan en el Banco.

sabes tú que mi corazón envejeció viviendo en tí, y, desengáñate almita, soy como un ochentón que no puede volver á las travessuras de sus verdores.

¡Mira si tendría sal verme en danza con el señor Cupido y toda su cohorte de niños imbéciles...! Pero... ténte pluma que en lo imposible no debo entretenerme. — *Tu tontito.*

El amanuense,

GERARDO DE ANA.

Báquica

Choca tu vaso con el vaso mío;
fuera tristezas, choca, choca, choca...
caiga de manzanilla en nuestra boca
un desbordado río.

—
¿No ves que este vinillo transparente
va deshaciendo la pesada bruma?
¿No ves tras su rizada y nívea espuma
de dichas ignoradas un torrente?

—
¿No hierve ya la sangre de tus venas?
Yo contemplo en tus ojos seductores
al ir ahogando el vino nuestras penas,
fulgentes resplandores.

—
Otra más, otra copa, olvida, olvida
amargos desconsuelos,
deja que en un momento de mi vida
gocé olvidando mis rabiosos celos.

—
Olvida que te unieron duros lazos
á aquél que nunca comprendió tu alma...
Bebé y ven á mis brazos
y hallemos juntos la perdida calma.

—
No hay ley para el amor. Bebamos, choca,
pon en la boca mía
el beso más ardiente de tu boca,
calma con tus caricias mi agonía.

—
Mientras miro tus ojos seductores
hiere un volcán en mi ardorosa frente
y olvido mis dolores,
al contemplar tu cara sonriente.

—
El calor de este vino delicioso
es, niña encantadora,
gérmen divino del amor hermoso
que nos brinda una vida seductora.

—
Bebamos; bebe más; que enloquecidos
del vino por los mágicos vapores
caigamos confundidos,
soñando dichas y cantando amores.

—
Ven, ven, abrázame con ansia loca,
pon en la boca mía
el beso más ardiente de tu boca,
calma con tus caricias mi agonía.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.



La Saeta

— ¿No te atreves tú á cruzar el lago? — Sola nó.



José

Mis primeros amores

En que el lector no encuentra lo que malicia, porque el que esto escribe sacrifica siempre el efecto y el embuste á la verdad.

La dama declaró llamarse Felisa, y á mí no sólo hubo de parecerme bien el nombre, pero lo tuve por lindo y sonoro; «gracia de poeta es», le dije, «que siempre van éstos á la que cogen con los pícaros *sonsonetes* ó consonantes.» — «No digas tal, amigo, que tengo por adelantados á quienes salen horros tratándose de vocablos parejos», y yo repliqué que no se enfadara, que como conocía, por remate de desventuras, á muchos buscones de ripios (y decíalo remitiéndome á los volúmenes peores, no malos, que eran en tales mocedades mías los más, y hoy punto menos que todos), que por haber topado, hojeando libros, tan tristes consejeros de la inexperiencia, hablaba de los que acechan la sonrisa para emparentar vocablo. Rió mi novia la agudeza, y con la suya quedé yo más rendido.

Excuso ponderar la hervor de mi sangre, que no había menester de la fuerza del sol, valiente y ardoroso en aquellas regiones, hasta quemar las uvas en las cepas, y convertirlas en pasas, y poner en el mosto fuego, ni del combustible que echa fantasía

en lo más alto del sér, de forma que hiervan las ideas y se aloquen.

Pues compóngase todo lo que va dicho en junto, y se verá la receta que se alcanza en mortero de diez y seis años, que no era mortero de boticario, por lo que tenía de virgen. Yo no había amado jamás, ni aun en verso, que es como adoran los hueros, fofos y románticos; ni tenía de la mujer sino cierto concepto metafísico que andaba á la greña con mi carácter obscuro y displicente. Felisa fué aguijón de mis pasiones, aunque puedo jurar que sentí la picadura y no supe cómo curarla: tan embobado y aturdido me dejó. La moza era ciertamente adorable; todo se le volvía reír y loquear, como si no se le acabara el contento de tener á mano tan gracioso juguete, como parecía serlo yo. Y era además tan cándido y tan inocente, como pajarillo que echa á volar figurándose que en todo el

mundo hay alas iguales á las de su madre que prestan calor y amparo; así tomaba las burlas por veras y los juegos por caricias amorosas. Pero ¿quién no haría otro tanto? Felisa echaba á correr detrás de una mariposa, y se recogía la falda con gentil donaire, como se ve que la recogen en estos tiempos, no las damas, sino las fregatrices y busconas. Yo me paraba, extasiado, viendo á través de los vestidos el cuerpo airoso, rico en modelación de curvas; ella me llamaba gritándome: «Bribón, mal caballero,» y echándolo á enfado, porque decía que era justo que la adorase, pero no de modo que le impidiera cazar á la voladora. «Yo quiero que ames un poquitín más á la naturaleza.» Otras veces hacía que se ruborizaba, porque huyendo de mí, yo la perseguía, alcanzándola y sujetándola por el talle. Pero el enojo no me tenía cuenta, porque la bruja, fingiendo que se desataba de la dulce cadena en que yo la mantenía presa, sin forcejear con ímpetu para desasirse, golpeábame en la cabeza y en las mejillas de lo lindo.

Algo tardó en cogernos la diligencia, pues iba por carretera española, que es lo mismo que decir travesía del demonio, siendo verdad que el demonio no va nunca recto en sus intenciones y está erizado de peligros; nosotros, adrede, ganábamos tierra

por los atajos, y cuando no hubo más si no subirnos á la berlina, hicimoslo con dolor, aunque sin contrición, porque en todo aquel paraíso que atrás quedaba, Felisa no halló manzana ni serpiente, y no nos retuvo pecado ni yo perdí la inocencia. Cansancio era lo que sentíamos, que no se brinca impunemente por los riscos sin ser saltamontes, y así yo hice cojín del respaldo, con más ansia de dormir que de holgar; lo cual visto por ella, recostóme amorosamente en su regazo y se puso á cantar como cuando se aduerme al niño, no sin que jugaran sus manos en mis cabellos, que entonces eran largos y rizosos. Rendí mis fuerzas en sueño muy dulce, que fué más descabezado que dormido, por los baches que había en el caminal y los saltos que daba el vehículo.

Por mucho que me duela confesarlo, y pésame como si fuera á expurgar culpas, paró en ser soplo el resto del viaje, pues ya no fuí hombre hasta la estación de entronque con la línea de Madrid, y el tren, (con ir en nuestra tierra á paso de carreta que arrastran dentro de la locomotora, no caballos, sino bueyes), llegó á Valencia en un abrir y cerrar de ojos.

En este último trayecto no hay cosa digna de que se relate (pues aunque tomamos «primera», no estuvimos solos), como no sea la admiración que yo sentí viendo al monstruo de hierro con melenas de humo

(Rueda me perdone) y la risa de mi novia. Además comimos en la fonda, al abandonar la diligencia, no sé qué, pues no hay estómago de cristiano viejo, (tales cristianos éramos, sin ser maduros), que atine por el sabor y el olor, con la clase de guisos que nos endilgaron á precio de judío, que es precio de que nunca se puede dar cuenta, porque en la usura no tienen tasa; pero tal nos puso el hambre, que hicimos honor al diente.

La capital estaba adormecida cuando llegamos, y eso que daban y no daban las nueve de la noche. En la plaza alquilamos tartana, que no era tiempo de faetón, y fué el meternos otra vez juntos, porque Felisa halló disculpa en que como los telégrafos andaban como los ferrocarriles y como las diligencias en nuestra patria, con ser cosa del progreso, no habrían recibido sus parientes el anuncio de su viaje y no quería llegar sola á casa. Me preguntó que á donde iba á hospedarme, y le dije que contrataría fonda, que en esto sí que andábamos ya con la cultura agena, saliendo de posadas. Repuso que en su casa (y que la considerase como mía), daríanme albergue, aunque no estaba bien visto que un novio durmiera bajo techumbre con la novia, si no mediaban esponsales; pero que se prometía mucho de mi sigilo y de las prendas de hombre de bien que me adornaban. Yo estaba loco, y prometí cuanto se le antojó,



En la soledad del campo

hasta darme por muerto, si con semejante dar traíale albricias. ¡Y qué reir el suyo, Dios mío, con estas palabras de galancete trasnochado!

Vímonos á poco en su morada, y salieron á recibirle al descansillo con mucho alborozo, una vieja (que no tenía de rodrigona si no el que ya no se usan para guarda de doncellas) con muchos pelos de sotabarba y cejas grises que parecían cerdas de puerco espin, y un muy noble caballero, que no era mozalbete y sí joven, alto, de distinguida apostura, bigote de granadero, lentes de oro á horcajadas sobre la nariz y sonrisa perenne, franca, como de hombre de bien.

Tras los cumplidos y explicaciones convenientes, Felisa echó la sin hueso á rodar diciendo que traía ansia de hartura y que nos pasasen luego al comedor, excusando las ordenanzas del estrado. Durante la cena que fué como de gente rica y acomodada, eché de ver que mi novia era allí la misma; es decir, el mismo diablillo desenfadado y revoltoso; y no fué parte mi locura á ocultarme que el huésped la trataba con familiaridad y mimo en demasía: «será hermano» decía yo, que estuve como estudiante cogido en renuncio.

Pero con los postres de la comida vino el de mi aventura. Felisa dijo dirigiéndose al de los bigotes:

— Señor, éste que aquí véis, es todo un caballero que viene á cursar leyes y picardías en la Universidad; él me hizo gracia de la mitad de la berlina que pagó para sí, y gracias á su desprendimiento, no tuve que andar en tratos con gente ruin y rústica; los nuestros crecieron en el camino al punto de prometernos mutua y perdurable correspondencia.

A esto le dió al huésped tal pujo de risa, que yo quedé corrido y avergonzado.

— ¿Pero no véis, Felisa, que á poco que dure el noviazgo, (y ha de durar según lo atrasado que viene el mozo de estudios) tienen que celebrarse juntos los desposorios y el funeral vuestro?

— Eso no importa, señor, si dáis permiso para que nos amemos, que nadie más que nosotros ha de correr la dicha y los pesares.

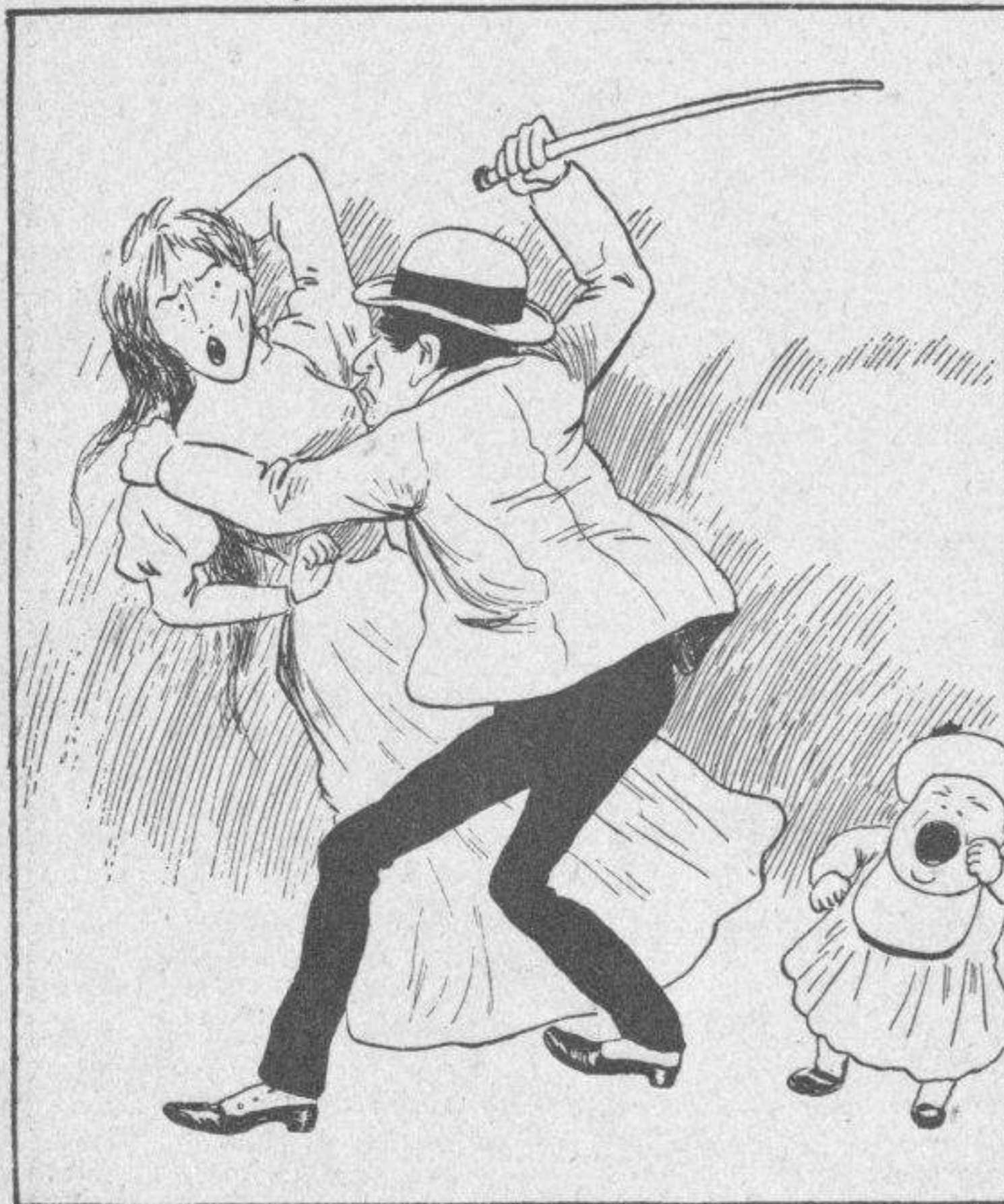
— Pues siendo así, Felisa, yo me huelgo de vuestra ventura.

La muy ladina echó á reir desaguisadamente y tardó en replicar. Así le durara la comezón, que yo no me viera en ansias de morir, porque dijo:

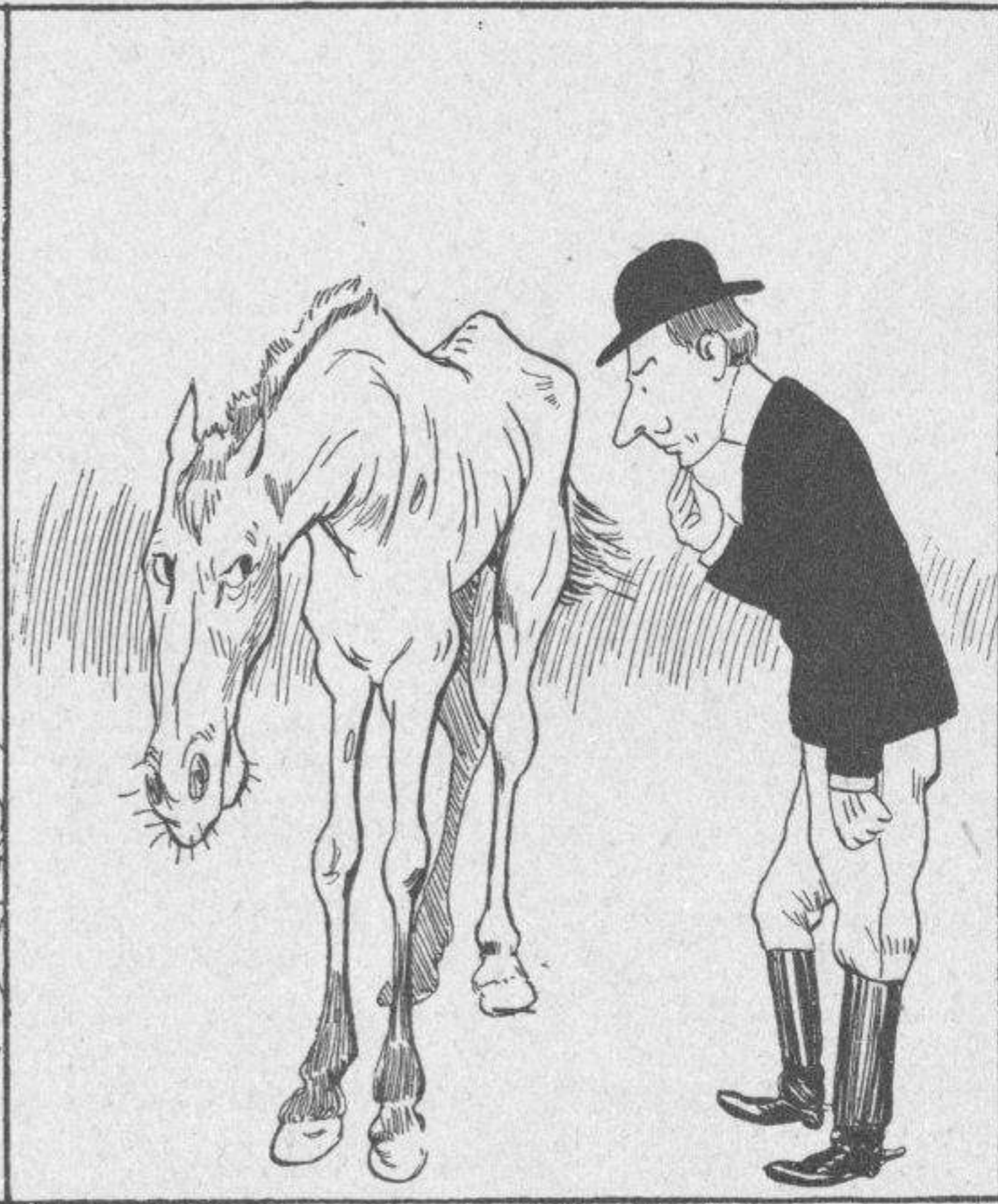
— Ya veis (*á mí*) que he hecho bien en tomaros por novio, pues mi marido lo autoriza. No podéis figuraros, señor, (*á él*) cuán delicioso viaje trajimos.

No oso explicar mi trastorno y mi vergüenza, que no hay palabras que lo ponderen esto: dióme Dios discurso y serenidad.

CUATRO REFRANES, POR XAUDARÓ

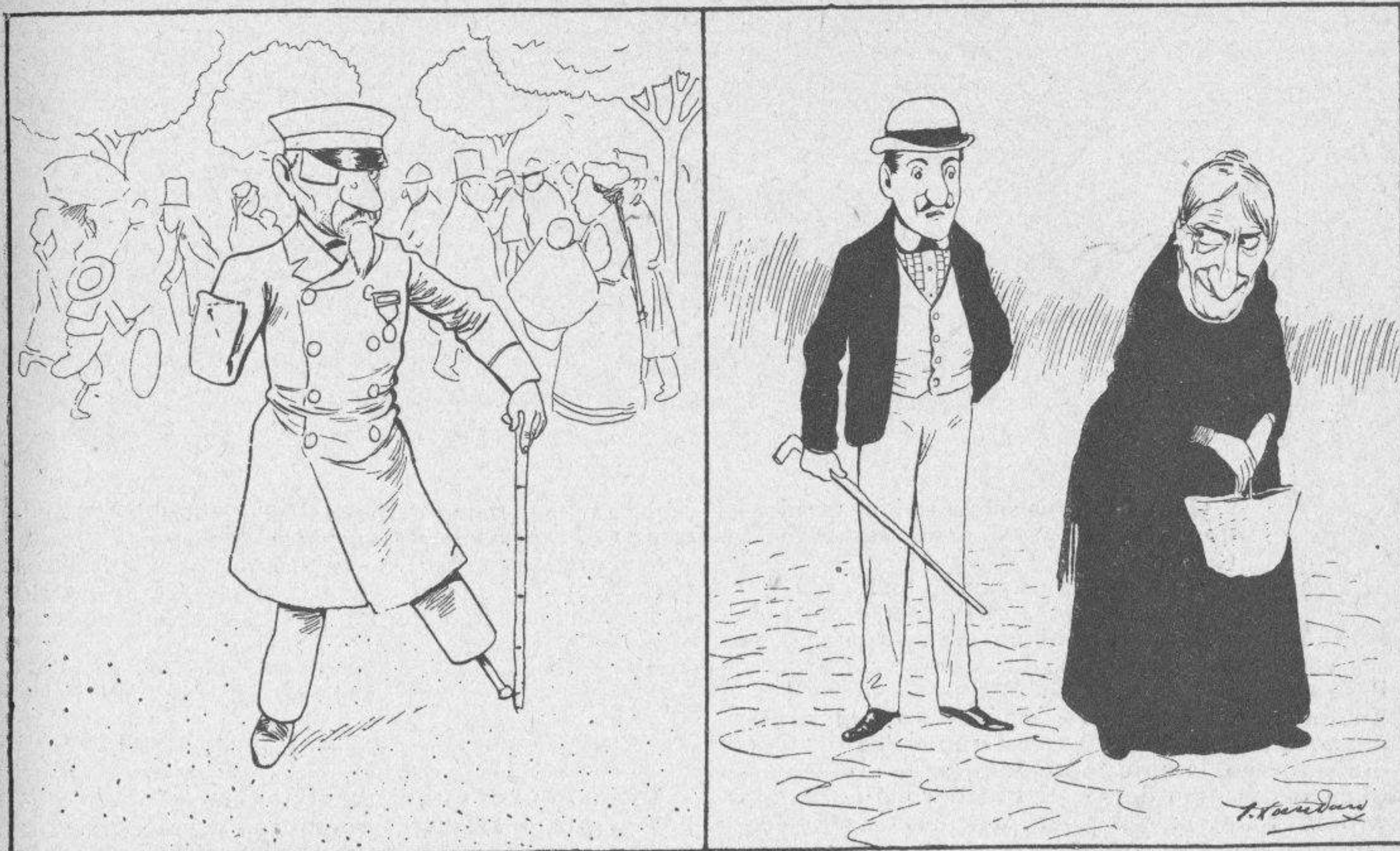


Quien bien te quiera te hará llorar



A caballo regalado no le mires el diente

CUATRO REFRANES, POR XAUDARÓ



Genio y figura hasta la sepultura

A la vejez viruelas

para salir sin vilipendio del paso (si bien me encendió y abrasó también en fuego las mejillas), hasta despedirme de mis huéspedes. No dormí en la casa ni volví á cumplimentarlos, aunque fueron muy vivas las instancias de su parte para hacerme aceptar su trato y afecto.

Y, si el lector maliciaba otro fin, siento

no poder dárselo, porque ya se ha dicho que odio el embuste. Verdad es que entonces tenía yo diez y seis años, y ahora que van transcurridos seis ó siete imagino que no haría el viaje del primer amor en diligencia, como lo hice, sinó en ferrocarril. Pero ¿quién sabe si nos parecería á Felisa y á mí tan delicioso?

J. F. LUJÁN

La Pensionista

(MONOLOGUITO)

¡Qué vida la del Convento!
¿Ustedes creen que es buena?
pues están equivocados
y para que se convenzan
voy ahora mismo á contarles
unas cuantas peripecias.

Por la mañana á las cinco
la Comunidad despierta
al toque de la campana.
De sus respectivas celdas
las hermanas van saliendo
con dirección á la iglesia.

También van las pensionistas...

¡Es claro! yo voy con ellas
y luego rezamos juntas,
y estamos todas atentas,
durante la ceremonia.

¡Cuántas veces, si pudiera,
me quedaría en la cama!
pero rigen muy severas
órdenes, y no hay tu tía:
tenemos que obedecerlas.

A las nueve nos dan clase

de francés y de Aritmética;
y la de Historia Sagrada
viene á ser tan duradera
que en muchos casos suspenden
la de «escritura correcta...»

Nos avisan á las doce
(hora la que más se anhela)
que la comida está á punto.
Al llegar aquí se opera
en el sagrado edificio
un cambio entre las profesas
que resulta pintoresco.

Alrededor de la mesa
hablan unas, otras ríen
con alegría completa:
viene después el asueto,
todas están satisfechas;
en el jardín todo es júbilo...
pero la campana suena
y la algazara termina.

Otra vez la clase empieza
y todo se va en lecciones;
más tarde viene la cena,

después cantamos la «Salve»
y pronto la calma reina
en los sagrados recintos.

Muchas al sueño se entregan;
esta humilde servidora,
rindiendo culto á las letras,
se instruye leyendo versos
de Moratín y Espronceda.
(No me descubran ustedes,
que esto es una confidencia).

Con permiso me retiro...
voy á encerrarme en mi celda...
¡ah! me llamo Margarita
y soy natural de Huelva.

Mis padres aquí me tienen,
y si Dios no lo remedia
seguiré de pensionista
todo el tiempo que ellos quieran.

Dicho ya lo que precede,
nada por decir me resta.
Allá va, pues, mi saludo,
y que ustedes se diviertan.

F. COLLADO MARTÍ



Como ustedes saben se han verificado las elecciones para diputados á Cortes.

No hubo palos ¡ay, dolor!

Degeneramos, positivamente, degeneramos; á mí no me apea nadie de mis creencias.

Pese á Sagasta, vamos mal.

En todos los Colegios (según datos oficiales), hubo unos votos. Tengo para mí que ninguno.

Sin embargo, la única nota dominante ha consistido en el discurso de aquel caballero que mandó dos amigos á Clak, y á quien, después de salir descalabrado, oficialmente se le sacó de sus *casillas*. Para que el público juzgue, transcribimos íntegro el discurso, que nos facilita un taquígrafo, que asistió al *meeting*. Creemos que si ese caballero no se ha vuelto loco, por lo menos ha perdido la amistad y el cariño de Mariana Santurce.

Es como sigue:

Amado pueblo: encontrándonos en circunstancias poco metalúrgicas si que insípidas; viendo que la cosmología es el órgano principal de la acústica y de la indumentaria; considerando que los hechos romboidales y pirogálicos engendran materias adyacentes y poliédricas, y por fin, refutando las variedades ígneas y circunflejas que no valen sino para obstruir las alteraciones objetivas del omoplato y cerebro de los que nos gobiernan, se hace necesario una restauración radical y cine-matográfica, con objeto de salvar nuestras haciendas, nuestra honra y nuestros derechos (*bravo, el público empieza á entusiasmarse*). El orador también quisiera poder inculcar en vuestras masas encefálicas las diversas variedades sonoras, al mismo tiempo que centrífugas, con objeto de que comprendiéseis el alcance de la Zooteqnia y de la Historia, puestas ambas materias en relaciones y discordancias con la Mineralogía. Pensad bien en las profundidades submarinas, comparad sus afluencias eléctricas con las pantallas aéreas y comprenderéis el origen del caos. Estudiad las evoluciones plano-convexas de la América, y una vez hecho todo esto, veréis claro que hay necesidad de imponerse por la fuerza, con el único fin de no permitir la mengua del territorio, el menosprecio de las demás potencias europeas y garantizar la integridad de la Nación (*aplausos*).

Si las configuraciones más ó menos arábicas se congelasen; si el sonambulismo fuese elástico y radical; si el éter no sufriese alteraciones, puesto en contacto con la navegación aérea, y si los terremotos no llevasen consigo la asimilación cutánea, estaríamos en situación tranquila y equitativa: pero (*con énfasis*), una vez que el tapiz físico de nuestro gobierno, se mantiene únicamente á la expectativa, y concluye por cuajar la congelación polar con la astronomía, prometo, mis queridos votantes que, colocado ya en las Cámaras, haré cuanto esté en mi mano porque florezcan los hoy decaídos Comercio y Agricultura, pues no puede ver mi cristal óptico ciertas meticulosidades, ni pasar por ciertas metamorfosis y evoluciones, que no sirven sinó para

mengua y galicismo de la nación que tan dignamente pienso representar (*muy bien, superior*).

Prolongados aplausos. El orador hace esfuerzos para significar que se deja algo en el tintero, y no le permiten seguir los amigos que se apresuran á abrazarle.

He dicho.

El taquígrafo,

AROM.



Andando unos estudiantes por el mundo en tiempos en que todavía se corría mucha tierra á pie, tropezaron con ciertos gitanos que llevaban una mula tan en los cuartos, que era preciso que á trechos la llevasen á costas para llegar al fin.

Los estudiantes preguntaron dónde era el entierro, y los gitanos repusieron que en Sevilla, con objeto de vender aquel muerto para rematarlo, y que sus despojos sirvieran para liar la *armaina*.

— Pus pá nosotros.

El trato quedó prontamente cerrado, y aun se pagó el alboroque por ello.

Los estudiantes mataron y despojaron la mula hasta dejarla en la osamenta, y en la feria de Sevilla alquilaron un barracón y la anunciaron, como si exhibieran un animal rarísimo.

«¡La *Caraba*, decían, á diez céntimos!»

Entre los muchos curiosos que pagaron contribución al ingenio de los escolares, figuró nada menos que el difunto duque de Montpensier.

Pero éste era hombre ilustrado, como saben mis lectores, y claro, en cuanto vió el armazón echó de ver el engaño, notando que no había allí esqueleto de *Caraba*, ni animal raro que valiese.

Díjole, pues, al mayordomo que llamase á los que figuraban en aquel cotarro, y presentes ya, les dijo:

— ¿Cómo se atreven á presentarme un esqueleto de mula, diciendo que es de la *Caraba*?

— Sí, señor, — replicaron los mistificadores — de la *caraba*.

— ¿Pero todavía...? ¿Saben ustedes quien soy yo?

— Aunque sea usted el Nuncio, éste es el esqueleto de la *Caraba*.

Y uno de los estudiantes replicó acercándose al duque:

— Perdone usted, puesto que es entendido en ciencias mayores Es el esqueleto de una mula, pero de una mula que araba, y nosotros hemos aprovechado el equívoco para ganar unos cuartejos.

Al de Montpensier le hizo gracia y les regaló encima una onza.



Otra vez iban, y aunque es el cuento viejo lo cuento, iban, digo, camino adelante un anciano y un niño. El anciano caballero en burro y el compañero á pie.

Pasaron unos y dijeron:

— ¡Vaya qué gracia, bien podría subirse la criatura!

El viejo lo oyó y así se hizo.

Más adelante tropezaron con otros, que exclamaron:

Correspondencia

— Eso no es justo; el viejo no debe seguir andando.

Y en efecto, el chiquillo se apeó de su cabalgadura.

Pero cádate que al fin otros viandantes murmuraron, y según el consejo los dos subieron á la par, cosa que mereció más adelante nueva crítica, y entonces el viejo, apeándose y mandando al niño que hiciese lo propio, exclamó:

— Vaya, ¿sabes lo que te digo? que el animal y nosotros andemos con las patas de cada cual y hagamos lo que nos parezca, pues nunca llueve á gusto de todos.



Logogrifo numérico

- | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|-------------------|-----------------------|----------------|------------------|
| 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | — Mamífero fosil |
| 7 | 6 | 3 | 4 | 5 | 2 | 4 | 7 | — Verbo activo | |
| 1 | 4 | 5 | 2 | 7 | 8 | 4 | — En todo el universo | | |
| | 5 | 6 | 4 | 5 | 7 | 9 | — Diversión | | |
| | | 9 | 5 | 2 | 7 | 9 | — Mujer hermosa | | |
| | | 9 | 7 | 4 | 7 | — Verbo neutro | | | |
| | | | 5 | 2 | 7 | — Río de España | | | |
| | | | | 7 | 6 | — Nota musical | | | |
| | | | | | 9 | — Nombre de mujer | | | |

MARÍA DEL PILAR.



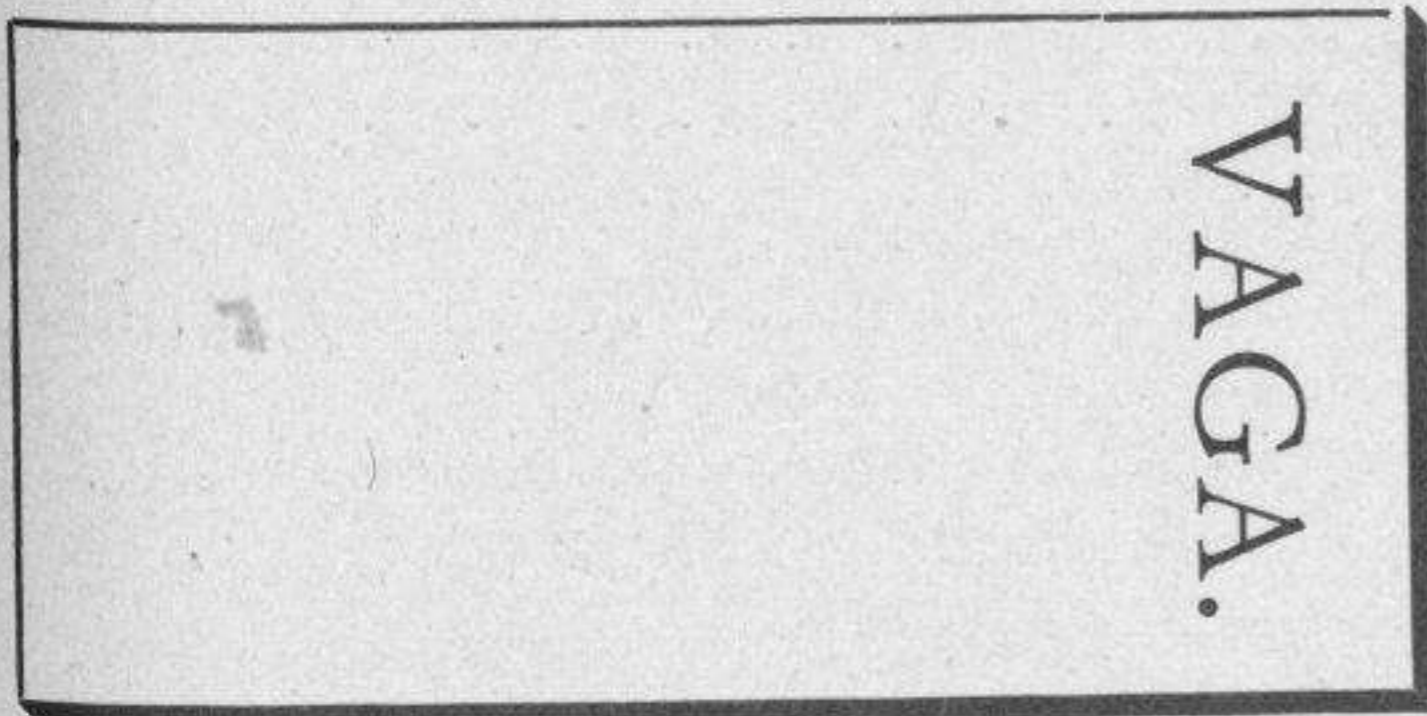
Charada

Segunda con la segunda
hombre muy prima primera
se ha casado con Facunda,
mujer muy tercia tercera.

A. SÁNCHEZ CARRERE.



Jeroglífico comprimido



J. P. CILLO.



Soluciones á los pasatiempos del número anterior:

CHARADA: Trapera.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO: Paraguas.

A. A. A. — Madrid. — No recuerdo, usted comprenderá que recibiendo al día muchas cartas y pasando después de contestadas al cesto, no es posible guardar en la memoria lo que dice. Si no se le ha contestado es que no llegaron á mis manos los cantares. — El soneto no está mal hecho, pero es fúnebre... demasiado fúnebre ¡ay! Las «Partículas» vulgares.

E. B. — Toledo... ¡Si usted declara que son deficientes! Sin embargo, si se aplica usted y estudia, es posible que salga adelante. La titulada «Ayer tarde en tu huerto,» más cuidada, puede tolerarse. Es lástima que cierto tufillo á... libre, anule el sabor picaresco que tiene. Siga usted por su camino, corrigiéndose, y verá como me agradece el consejo.

J. U. V. — ¿De modo que usted está seguro de que hanochece, después de las seis de la tarde?

D. Juan. — Tarragona.

D. Juan, D. Juan, yo lo imploro
de tu hidalga compasión...

¿Se figura usted que me mamo el dedo? Así también sé yo escribir efigramas, y pues ha reincidido usted en el grave pecado de descortesía, ocultándome el nombre y creyendo que voy á pasar por el pseudónimo, le pregunto: ¿conoce usted «Los Siete niños de Ecija?» He adivinado el apellido de usted: Patomo, ¡ah, y en literatura dedíquese á una profesión más honrada, que aquí solemos ser muy rectos... y exigentes!

E. D. — Toledo. — Le aconsejo el estudio de la retórica, *Servidor* y *corazón*, no serán consonantes ni aun después de Pascua y consuelo y fresco, tampoco. Resumen ¿sabe V. como consueñan las consonantes, ó es que no ha ido usted al Instituto?

A. V. S. — Madrid. — Usted habrá estudiado muy bien el «Prontuario de haberes», pero es indudable que no conoce usted el «Prontuario de la ortografía», editado y publicado por la Academia Española, la de Cheste, no se le olvide, pues dice en la carta que me remite una *brebe* composición, que no pasa ni expidiéndole, con permiso de S. S., un breve el Nuncio.

Segis. — Cádiz. — Dice usted... «me permito remitir á usted los adjuntos versos, ó lo que sean, (¡usted dirá!) por si merecen el honor de salir á la vergüenza pública...»

¡Tapa! ¡tapa!

Y digo que tapa ¡porque en efecto, si le oye á usted el fiscal!

A. G. — Madrid. — Allá vá:

Quieres volver
á quererme con cariño
como tu antes tu mequerias
como si yo fuera un niño.
Quieres volver...

«volverán las oscuras golondrinas,» pero ella al leer sus versos vuelve... las espaldas.

A. S. — Gerona. — Aribau, 26, principal, 1.^a He perdido tus señas: quisiera escribirte antes, verdadera alegría.

G. T. G. — Barcelona,

Al leer tus versos un joven
dijo con grande sorpresa:
¡pero señor Director,
ese angelito es un bestia!

Y... francamente, esta semana me han aburrido ustedes.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Bambal del Centro, Kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas

Año. 11 »

Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba
las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS



Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

AUTORES CÉLEBRES

El dueño de los kioscos **EL SOL** (Rambla del Centro, frente al Liceo y Rambla de las Flores, frente á la Puertaferri) ha realizado una combinación con el editor de la biblioteca de **AUTORES CÉLEBRES** que le permite regalar á sus favorecedores á cambio de 30 CUPONES por cada volumen, que vale **Una peseta**, las obras que forman dicha Biblioteca y son hasta el día las siguientes:

OBRAS PUBLICADAS

De Ponson du Terrail	La Viuda de Sologne	1 tomo
De » »	Odio de Raza	1 tomo
De Paul Feval	La Daga misteriosa	1 tomo
De » »	Los Fanfarrones del Rey	2 tomos
De E. Poé	Un crimen misterioso	1 tomo
De Alfonso Karr	Una historia terrible	2 tomos
De Erckman Chatrian	La Posada de los tres ahorcados	1 tomo
De Octavio Feuillet	Novela de un Joven pobre	1 tomo
De Dickens	Las luchas de la vida	1 tomo

Se publicará al menos un tomo mensual. — Precio en venta en ambos kioscos, 20 cénts. tomo

EN PRENSA

De Paul Feval	La morada misteriosa	1 tomo
De Ponson du Terrail	Remordimiento	1 tomo

NOTAS. — Á todo el que desee adquirir dichas obras, remitiendo el importe en libranzas del giro mutuo ó valores de fácil cobro al representante Joaquín Vila, kiosco **EL SOL**, Barcelona, las recibirá á vuelta de correo franco de portes.

No respondemos de los extravíos no remitiendo 25 céntimos para el certificado. A los corresponsales se les harán descuentos condicionales al fijar el pedido.

En los mismos kioscos se vende la

Guía de Calles, Plazas y Paseos de Barcelona con la agregación

con indicación de las entradas y salidas y distritos á que pertenecen

PRECIO: 15 CÉNTIMOS

CUPON PRIMA

Regalo á los compradores
— de **LA SAETA** —

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, original de D. Ceferino Palencia

CARRERA DE OBSTACULOS

una de las que más han contribuído á cimentar la fama de su autor. Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa, de D. Marcial Morano

EL MAYOR CASTIGO

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal. Asimismo se entregarán por el citado precio de **media peseta** cada una, **SOR TERESA** ó **EL CLAUSTRO Y EL MUNDO** y **LA VIDA ES SUEÑO**

* CUPON *

* CUPON *

LA

SAETA



20 cénts.

Núm. 385

